

# OLIVA SABUCO: EN BUSCA DE UN ESPACIO EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO

**María Angélica Salmerón Jiménez<sup>1</sup>**

**II Congreso Internacional *Oliva Sabuco y su Nueva Filosofía*  
Albacete, (España), 28-29 noviembre 2008**

Ninguna filosofía, análisis o aforismo, por profundo que sea, puede compararse en intensidad y riqueza de significado con una historia bien narrada.

HANNAH ARENDT

Escribo esto a fin de recobrar mi sentido del presente por medio de conseguir que el pasado proyecte su sombra sobre esta quebrada superficie.

VIGINIA WOLF

Narrar la historia del pensamiento en clave femenina es tarea que parece estar reservada a nuestra época. Y ello no resulta de una mera extravagancia intelectual sino de una verdadera exigencia historiográfica que empieza por aceptar que el recorrido establecido por el canon ha dejado de lado la figura intelectual de las mujeres. Podríamos entonces preguntarnos con Ángeles Durán: “¿Cómo llamar, pues, historia a lo que no es huella de presencia sino ausencia?”.<sup>2</sup> En efecto, en el inmenso mosaico que es la historia falta una pieza fundamental, un trozo importante del pensamiento, cuyo hueco profundo remite a un vacío cultural que establece de suyo no sólo la estrechez de comprensión del horizonte del pensar, sino que a su vez provoca la falsa idea de que las mujeres no participan en la constitución cultural de los distintos saberes, y que, cuando lo hacen, es solo de manera excepcional, como si apareciese de pronto una exótica planta en medio de nuestro habitual jardín de la que no podemos definir su origen ni su sentido. Son casos extraños que, por lo mismo, resulta interesante en ocasiones incorporar como notas a pie de página o como acotaciones marginales en el gran libro de la historia.

<sup>1</sup> Facultad de Filosofía, Universidad Veracruzana, Francisco Moreno y Ezequiel Alatríste, Col. Ferrer Guardia, Xalapa, Ver., México, tel. (52)288-840-05-05, correo electrónico: rbulle@uv.mx.

<sup>2</sup> Durán, María de los Ángeles: *Si Aristóteles levantara la cabeza*. Madrid: Cátedra, 2000, p. 119.

Hay que aceptar, pues, que ante esta historia de exclusiones y de ausencias –o, en los casos excepcionales, de las inclusiones condescendientes y en buena medida forzadas–, la tarea que nuestra época nos tiene reservada es la de reconstruir el relato de nuestra historia del pensamiento y, con él, al canon que ha desconocido, ignorado y a veces ocultado a una buena parte de su población intelectual. Semejante labor requiere fundamentalmente una serie de lineamientos metodológicos que hagan posible establecer criterios de selección e integración. La investigación actual muestra en sus diversos frentes que el trabajo desarrollado comienza a rendir frutos. Ciertamente, la recuperación en distintos lugares del orbe de las figuras femeninas en la historia del pensamiento empieza a dejar sentir su presencia, sus nombres y sus obras comienzan a sernos familiares, y podemos decir en general que los productos de tales investigaciones han sacado a la luz un buen número de mujeres filósofas que será necesario incorporar a la historia.

Así las cosas, este ámbito de la tarea historiográfica tiene al parecer un futuro promisorio cuyo abanico de posibilidades se extiende en diversas direcciones: desde la mera confección de la nómina de las figuras femeninas de la filosofía, hasta la recuperación de sus obras y la reconstrucción de su pensamiento.

La justificación y valor de tales trabajos salta a la vista. Aproximarnos a las mujeres que nos han legado una obra intelectual es acercarnos a un mundo desconocido, pero no por ello menos real e importante para la comprensión de nuestro propio horizonte histórico y cultural. Por ello, la empresa de poblar el universo del pensamiento filosófico universal con los nombres y las obras de las mujeres que encuentran en él su territorio natural, no es tan solo teóricamente necesaria, sino que en buena medida es también de urgencia vital ya que de lo contrario perderemos la oportunidad de acogernos bajo el manto de una tradición más completa y, por ende, más cercana a la realidad, porque es el caso que la olvidada tradición del pensamiento femenino forma parte fundamental del inmenso mosaico de la historia.

Y aunque ciertamente se esgrimen aún muchas objeciones y reticencias respecto de semejantes intentos, lo cierto es que la marcha de la historia ya no puede detenerse. Así que por más ruido que metan los sostenedores del “exclusivismo” y de la “preeminencia” canónicos del pensamiento occidental, la idea de una reconfiguración del espectro histórico es ya una característica de nuestra época.

Por mi parte, comparto la idea de que, pese a las inconformidades de algunos historiadores, los nuevos derroteros historiográficos se abren a nuevas posibilidades y tienden más a la inclusión de pensamientos no canónicos, con lo que se asume plenamente la diversidad y la diferencia entre de manifestaciones tanto filosóficas como científicas, cuestiones estas ante las que no se hace concesión ninguna puesto que desde antiguo han mostrado ser así, o, lo que es lo mismo, la historiografía actual no se vuelve permisiva sino que sólo reconoce sus fallas de origen.

Una de estas faltas estriba precisamente en haber hecho caso omiso de la configuración de la sabiduría en clave femenina, cuya ausencia ha propiciado la mutilación y disminución del relato cabal de las vicisitudes y logros en la marcha del pensamiento. Queremos, por consiguiente, acogernos bajo el manto de la misma historia que ha excluido a las mujeres de su seno y reintroducir en ella la presencia de un pensamiento que durante siglos ha permanecido oculto, soterrado, pues, como ha dicho Rafael Rojas, “Al parecer, frente al canon sólo hay tres opciones decorosas: preservarlo, estrecharlo o ampliarlo”.<sup>3</sup> Luego entonces, de estas decorosas opciones rechazamos las dos primeras ya que en ambas se mantienen los postulados de la preeminencia y el exclusivismo, y optamos por la tercera, es decir, apelamos a la ampliación del canon. En efecto, asumimos que es posible, a través de la ampliación del canon, una reconstrucción histórica del pensamiento de las mujeres filósofas y apostamos a que su ciencia y en general su sabiduría ha de proveernos de una tradición y de una historia que nos alimente en lo sucesivo y que nos permita con ello recorrer mejor nuestros caminos.

Y qué mejor oportunidad para tal propósito que perseguirlo al lado de una mujer como Oliva Sabuco. Es ella un ejemplo claro y preciso de filósofa y científica que reclama un lugar propio en el devenir histórico del pensamiento, de modo que exigimos, acompañándola, un espacio para situar la sabiduría de esta notable mujer en la historia de la filosofía y de la ciencia, y lo hacemos con la firme convicción de que recuperar su presencia en nuestro panorama histórico no es tan sólo un acto de justicia sino de identidad, pues es el caso que Oliva nos muestra parte de la trayectoria que marca una senda importante en el pensamiento hispano y a través de la cual es posible pavimentar otros caminos históricos

---

<sup>3</sup> Rojas, Rafael: *Un banquete canónico*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

dentro de la misma España y fuera de ella. El pensamiento de Oliva Sabuco muestra su pertinencia como legado universal, y como tal es preciso situarlo.

El caso de Oliva es paradigmático, y lo es al menos por dos razones. La primera, porque afortunadamente es una mujer que puede presentarse ante nosotros haciendo uso de la palabra y articulando su propio pensamiento. Llamemos a esto nuestra “ventaja histórica”, que consiste justamente en el hecho de que afortunadamente conservamos el texto que Oliva escribió y de cuyo contenido podemos extraer la pertinencia de su inclusión histórica. La segunda razón estriba en lo contrario, es decir, en una desventaja, pues ocurre que esta mujer y su obra no sólo han sido excluidos negligentemente del flujo histórico, sino que la misma historia se ha encargado de ponerlos en entredicho. La desventaja a la que aludo es la de la autoría: ¿es realmente Oliva la autora de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, o fue su padre, Miguel Sabuco, el verdadero autor? Y es esta la gran cuestión, pues –como ya lo he señalado en otro momento<sup>4</sup>– del partido que se tome depende la suerte de la historia que habrá de contarse. En efecto, dado que lo único a lo que podemos apelar es al texto, todo dependerá de a quién se atribuya tal autoría lo que resolverá el problema acerca del protagonista de este relato.

Sabemos que para muchos el tema está finiquitado en una o en otra vertiente; así que para quienes aducen pruebas a favor de la autoría de Oliva, es a ella y no a su padre a quien habrá que reintegrar el libro y el honor de haberlo escrito; para aquellos que se mantienen en el extremo opuesto y apuntan que Miguel es el señor absoluto del texto, buscan por todos los medios posibles borrar de una vez y para siempre el nombre de Oliva de la historia. Pero en medio de ambos bandos se hallan los indecisos: la duda autorial mantiene su vigencia y, por ende, la incertidumbre los mantiene en cierto estado de inactividad con respecto de a quién incluir o a quién excluir de la historia.

¿Qué camino debemos tomar? Ciertamente la prudencia nos aconsejaría mantener un sano escepticismo, pero en este caso particular preferimos asumir el riesgo de un compromiso, y dado que pese a todas las objeciones planteadas seguimos pensando que las mejores y más sólidas razones son las esgrimidas a favor de Oliva, mantenemos nuestra convic-

---

<sup>4</sup> Salmerón, Angélica: Oliva Sabuco: una científica del renacimiento español. *La Ciencia y el Hombre*, Volumen XIX, Número 2, mayo-agosto, 2006, pp. 67-75.

ción inicial. Asumiendo su autoría, nos ponemos del lado de quienes buscan otorgarle nombre y voz en las historias de la filosofía y la ciencia.

Debo, sin embargo, decir algo más a este respecto. Hace algunos años, cuando empezaba a interesarme por encontrar las luces femeninas del pensamiento filosófico y me encontré ante esta singular mujer, poco sabía de los enredos autoriales en que andaba metida, pero la audacia que propiciaba entonces la ignorancia profunda de estas vicisitudes no me hizo poner en duda que una mujer del Renacimiento español fuese capaz de escribir semejante texto. Pasados algunos años, me di a la tarea de escribir un pequeño artículo en el que ponía de manifiesto la proeza intelectual de nuestra filósofa, con el afán de propiciar un acercamiento reivindicatorio a su innovadora visión científica. Fue entonces cuando las dudas empezaron a asaltarme, pues la información entonces me fluía dispareja y ambigua: ¿podría ser acaso que el libro no fuese de Oliva? No contaba entonces con investigaciones precisas y contundentes; de hecho, me movía entre una serie de rumores cuyas resonancias no parecían apuntar definitivamente a un sitio seguro. Empero, debí tomar postura y por segunda vez arriesgué mi juicio; analizando los materiales con los que entonces contaba, pensé de nueva cuenta que la autora era Oliva. Por esta senda es que llegue hasta aquí. Me explico: fue a través de aquel artículo que entré en comunicación con el doctor Ricardo González, quien un tiempo después me remitió su bella y documentada obra: *El enigma Sabuco. La investigación*, cuya lectura me mostró un camino más seguro para seguir asumiendo el riesgo que implicaba la búsqueda de Oliva. Ahora, gracias al texto del doctor González, mi convencimiento inicial, que ya era muy firme, es ahora es más maduro y se sostiene sobre mejores bases. En fin, que es esta para mí una tercera oportunidad para estar del lado de Oliva, y lo estoy cada vez más convencida de que tenemos en ella a una filósofa de primera línea. Su pensamiento, como parte fundamental que es del patrimonio cultural del orbe, debe ser reconocido y reivindicado no sólo de forma regional o meramente simbólica para aludir a lo femenino, sino como una propuesta original y universal cuyas repercusiones se dejaron sentir en su época y se sienten aún en la nuestra.

Luego entonces, afirmo convencida que la reestructuración del canon a través de su ampliación no se restringe única y exclusivamente a insertar el pensamiento de Oliva en la historia de la filosofía española, y menos todavía a señalar marginal y escuetamente que tan solo un nombre y una obra más se han incorporado al panorama histórico de la filosofía. Mi

empresa es más ambiciosa y pretende encontrar el sitio adecuado que le pertenece en el flujo universal de la historia del pensamiento como una filósofa y científica, voz femenina y española que puede hacerse escuchar en todos los rincones del planeta. Sé de antemano que alcanzar estos objetivos no depende únicamente de la buena voluntad o del entusiasmo con que nos dispongamos a realizar la tarea, pues cuando del trabajo historiográfico se trata es necesario contar con ciertas plataformas teórico-metodológicas que consientan una configuración o reconfiguración para acceder a esa trayectoria histórica a la que pretendemos introducirnos.

Por ende, mi propuesta apunta a determinar ciertos criterios metodológicos que, funcionando como engranajes en el mecanismo de la historia del pensamiento, permitan que el relato filosófico de Oliva se incorpore en aquella manteniendo su propio ritmo y voz, pero que a la vez pueda ponerse en relación con los otros relatos cuyos ritmos y voces – sean o no canónicos– admitan la articulación de otros sentidos y provoquen nuevas resonancias. No basta, pues, con señalar que nuestra autora pertenece al periodo renacentista español y que su obra tiene el mérito de resguardar lo mejor del humanismo y de que se adentra por caminos prácticamente desconocidos en su momento y por los cuales transitará después el nuevo pensamiento; o que, más aún, el mismo pensamiento moderno no lo fue tanto en relación con el que Oliva estaba ya proponiendo. Mi investigación –claro está– se obliga a seguir estas huellas, que son verdaderos indicios de la originalidad y repercusión de la obra de nuestra filósofa, pero debe ir más allá y, situándolos, proceder a examinar y analizar sus bases y sus fuentes, determinando sus teorías subyacentes y poniendo de manifiesto sus alcances o límites, para proceder después a ponerlos en relación con los otros saberes, esto es, reconstruir el diálogo entre Oliva y los demás científicos o filósofos con quienes hubiera podido relacionarse.

El mosaico histórico es amplio, pero sólo así es posible una verdadera reconstrucción histórica del pensamiento de Oliva Sabuco. Y para ello vale la pena tomar el consejo que la propia Oliva ofrece a sus lectores: “Cosa injusta y contra razón juzgar de una obra sin verla ni entenderla”<sup>5</sup>, consejo que vale para nosotros ahora como principio metodológi-

---

<sup>5</sup> Sabuco, Oliva (1587/2006). “Nueva filosofía de la naturaleza del hombre”. *Atenea Digital*, 10, 263-275. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num10/sabuco.pdf>.

co ya que es el primer paso, lo que implica por cierto un entendimiento cabal de su obra. Por aquí debe comenzar toda investigación sobre el pensamiento de Oliva.

Además, hay que hacer notar que una obra como la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* proyecta sus radios de acción hacia distintos saberes, que van desde el diagnóstico médico hasta la cura política, sin omitir un entramado filosófico que, como la propia Oliva nos hace notar: “Tan extraño y nuevo es el libro, cuanto es el autor”, y adelante: “Trata del conocimiento de sí mismo y da doctrina para conocerse y entenderse el hombre así mismo y a su naturaleza”, con lo que inicia una configuración de las coordenadas desde las cuales debemos establecer la sabiduría que promete comunicarnos, que abarca desde la más remota antigüedad hasta la apertura de un nuevo horizonte. Es por ello importante que nos tomemos muy en serio la consigna en que nos advierte: “Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran”. Porque ciertamente que lo anterior no está dicho con el menor asomo de soberbia; es más bien un movimiento de conocimiento y comprensión de que los saberes que allí habrán de ponerse de manifiesto han sido pasados por alto por los grandes filósofos y científicos y, por supuesto, Oliva los denuncia nombrándolos: “Todo este libro faltó a Galeno, a Platón y a Hipócrates en sus tratados *De natura humana*, y a Aristóteles cuando trató *De anima* y *De vita et morte*. Faltó también a los naturales como Plinio, Eliano y los demás cuando trataron *De homine*”. Si los mejores y más dotados pensadores de la antigüedad abandonaron el camino de esta filosofía que, según Oliva era “la filosofía necesaria y la mejor y de más fruto”, es comprensible que se muestre contundente en los juicios que reivindican los méritos de su propia obra. Y porque no se trata de pura retórica, asumimos con ella su “justa petición”: “Que se pruebe esta mi secta un año, pues han probado la medicina de Hipócrates y Galeno dos mil años y en ella han hallado tan poco efecto y fines tan inciertos, como se ve claro cada día...”. Y se ve más claro hoy que esta mujer sabía efectivamente de lo que hablaba, y lo sabía al grado de bautizar a este libro (“Mi hijo que yo he engendrado”) con lo que pudiera parecer el acto de mayor inmodestia: *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos: la cual mejora la vida y salud humana*. Y he aquí la cuestión fundamental: la filosofía de Oliva es una filosofía de la vida, o, mejor dicho, *para la vida*, que trata de comprometer un pensar teórico con un saber práctico que habrá de enseñarnos a vivir mejor.

¿Qué hacer entonces ante una obra de semejante envergadura? ¿Qué podemos decir de la autora de semejante texto? He aquí el problema. No cabe la sola mención o la reseña exhaustiva; ni siquiera es suficiente con apuntar su relevancia histórica y empujarla hacia ella ejerciendo cierta presión desde los márgenes con que se borda en los linderos de la historia de la filosofía. Y no basta eso porque lo que nos sobra es texto y filosofía. Hay tal riqueza en la obra de Oliva que no parece justo nada que no sea su incorporación plena en dicha historia. Lo otro es dejarla a la deriva inicualemente. Porque en buena medida nuestra suerte depende de la suya, nos comprometemos con su causa y nos lanzamos a establecer el lugar que le corresponde en la historia del pensamiento.

Hay, pues, que atrevernos a nombrarla, a definir su perfil intelectual y, sobre todo, a otorgarle el lugar que merece una voz magistral en esta historia. Oliva Sabuco tiene en su favor que puede hablar por sí misma, pues –como ya señalaba anteriormente– se presenta ante nosotros sin intermediarios y tiene una obra que le hace posible hacer acto de presencia articulando el discurso de su propio pensamiento. Tener voz y hacer uso de ella es la ventaja de que Oliva dispone para ingresar al gran libro de la historia. Ella, como otras muchas filósofas y científicas, es también una protagonista de la filosofía; así como en la historia oficial existen los actores protagónicos, los antagónicos, los de carácter, los de reparto y aun los extras, vale igualmente todo eso en el caso de las mujeres, y no me cabe la menor duda de que Oliva Sabuco y su *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* pueden y deben ser protagonistas principales de los nuevos relatos que habrán de contarse en el futuro. Contamos afortunadamente con Oliva para ese propósito, mucho más acorde con la realidad.

Introducir en la historia del pensamiento filosófico y científico a las mujeres que se han sumado a los saberes que la tradición solo ha aceptado como propios y exclusivos del mundo masculino, nos ha de permitir develar cuán equivocados y ayunos de realidad hemos vivido. Ya no se trata únicamente de entrar en razón –que ésta vale para hombres y mujeres por igual–, sino de entrar *en realidad*. Y no hay que olvidar que es justamente otra mujer, y también española, la que refiriéndose a la filosofía de su tiempo nos lo recuerda; en efecto, esa es la divisa de María Zambrano, quien apela a la vida y a su orden existencial: no la sola y pura razón sino la realidad como evidencia primaria de nuestro estar en el mundo. Del mismo modo, para estar en la historia como mujeres y pensadoras, ya no es cuestión de hacer entrar en razón a quienes a ello se oponen, sino más bien de obligarlos a entrar en

realidad, es decir, en evidencia; poner de manifiesto que, puesto que existe un pensamiento filosófico y científico elaborado por mujeres, tiene este pensar absolutamente todo el derecho de ser introducido en esa historia hasta ahora tan timorata.

Será desdoblado los pliegues de ésta como será posible recuperar la memoria perdida, reintroducir los “otros” pensamientos que la fuerza centrífuga del olvido ha mantenido oculto tras el velo de una narración que ha hecho caso omiso de los hechos. Y es que el tiempo que todo lo borra es también el que paradójicamente todo saca a la luz y recupera.

Por eso estamos aquí, en esta senda perdida, reivindicando el pensamiento fugitivo que la injusta pero canónica historia oficial ha obligado de muy diversas maneras a mantener fuera de sus ejes de acción. Se nos ha querido hacer creer que permanecer sordos y mudos ante una historia que no mira ni habla en clave femenina es la Historia (así, con mayúscula), porque “la otra” o “las otras” no tienen cabida o simplemente no existen; tal actitud – se nos dice– es la única que debemos asumir como profesionales de la historia si es que verdaderamente queremos alcanzar un sitio en la historiografía seria y oficial. Pero habrá que señalar la falsedad de semejantes pretensiones, pues de sobra sabemos que los decretos no prueban nada y que los “cánones” no funcionan como absolutos incontrovertibles. Si el objetivo último es cancelar definitivamente la puerta de acceso de la historia a las mujeres, habrán de buscarse mejores argumentos. Búsqueda inútil –auguro desde ahora– porque afortunadamente no existen ya ni siquiera puertas históricas que sellar. Hace tiempo que la historia, asumiendo una actitud realista, acepta no ser única ni última; admite así su configuración múltiple a través de la variedad de sus relatos, y un tanto a contrapelo de sí misma empieza a reconocer los sinuosos recovecos en que se puede meter. Por ello, y dado que la historia se cuenta de muchas maneras, es posible que empecemos a contar una historia en clave femenina que nos permita reconocer también que las mujeres desempeñan papeles protagónicos y antagonistas, los de reparto y los extras por la sencilla razón –o, mejor, por el simple hecho– de que ellas también pertenecen a este espectro de la cultura filosófica y científica que han contribuido a crear, impulsar y propagar.

El caso de Oliva muestra a las claras que la lucha que se entabla en el campo de batalla de la historia no se ha de determinar tan solo por la visión de los ganadores, porque los vencidos de antaño ya están en condiciones de exigir sus fueros y ganar el espacio que les había sido negado, y para ese fin basta con estar dispuesto a entablar un combate entre la

memoria y el olvido, duelo que se concentra en escuchar las voces silenciadas y que se decide a llenar los huecos que ha provocado la ausencia.

La historia, así, no dibuja una trayectoria única. Ella misma enseña que su relato se escribe de muchas maneras y que “a todo historiador –como decía don Miguel de Unamuno– debe serle permitido colmar las lagunas de la tradición histórica con suposiciones legítimas, fundadas en las leyes de la verosimilitud”. Por eso concluimos que es la propia historia quien reclama ahora la presencia de Oliva Sabuco, toda vez que esta mujer notable hace posible colmar una o varias de esas lagunas. Su obra es la muestra cabal de una poderosa sabiduría ante cuya evidencia no cabe sino asumir la realidad: las mujeres filósofas existen, y Oliva es una de ellas.

**© 2008 María Angélica Salmerón Jiménez**